

Identidad y tecnologías de la información y la comunicación: una propuesta desde la teoría de sistemas

Gabriel Pérez Salazar

..... ◀ RESUMEN ▶

Se presenta una revisión conceptual de la identidad, destacando en los resultados una doble dimensión operativa en los sujetos: tanto como estructura interpretativa, como base para una gran cantidad de relaciones sociales. En la parte final, con base en los resultados de diversos acercamientos empíricos previamente elaborados por el autor, se elabora una reflexión de esta noción, desde una visión sistémica, ubicando a la identidad como una operación que se manifiesta esencialmente a partir de la distinción entre entorno y sistema.

Palabras clave: identidad, teoría de sistemas, internet.

1. Introducción

Hablar de la identidad y de sus procesos de construcción, implica hacer referencia a un muy amplio y heterogéneo conjunto de definiciones conceptuales. Como en cualquier otra noción dentro de las Ciencias Sociales, es posible observar diversas posturas, tradiciones y marcos teóricos que es preciso considerar. Como veremos, en términos generales es posible hablar de procesos de distinción entre el *ego* y el *alter*, que ocurren a partir de todo tipo de interacciones sociales. En ellas, las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), representan una mediación emergente a partir de la cual los sujetos enfrentan la realidad con que se relacionan. Abordar por tanto, la relación que existe entre dichos procesos identitarios y el uso de la tecnología, es observar una parte cada vez más importante del conjunto de matrices de sentido con que los seres humanos se ubican a sí mismos y a los demás.

El objetivo central del presente capítulo es hacer una revisión conceptual de la identidad en relación con los procesos comunicativos que se establecen a partir del uso de las TIC como mediación. Con base en los resultados que se han obtenido a partir de diversas aproximaciones empíricas, y apoyados en una revisión de lo que es posible entender por identidad; en la parte final se hará una propuesta teórica en torno a esta categoría, desde el marco dado por la Teoría de Sistemas (Von Bertalanffy, 1976; Luhmann y Giménez, 1984; Maturana y Varela, 1990). Se trata de un recorrido que inicia en lo conceptual, se adentra luego en la realidad social y culmina volviendo a la teoría, proponiendo una forma de entender la identidad que prácticamente no ha sido abordada con anterioridad.

2. Identidad

La identidad representa un problema conceptual que ha seguido una evolución que es posible reconocer desde las primeras reflexiones sociológicas que se derivan de la Revolu-

ción Industrial, y que en años recientes, ha recibido una renovada atención en función de los escenarios que suponen diversos cambios en el campo sociales, entre los que es posible mencionar los procesos de globalización y los entornos virtuales. Con base en una breve revisión de esta categoría, hablaremos del tránsito que ha implicado el abordaje de dicha noción, con la intención de proveer de un marco teórico que permita ubicar los procesos de interacción que tienen lugar en el ciberespacio, y que contribuyen a su construcción.

A partir de Giddens (1997), Branaman (2010) y Hall (2010), podemos decir que, desde muy diversas disciplinas, la conceptualización en torno al sujeto adquiere una clara importancia analítica, a partir de las transformaciones en las estructuras sociales, dadas a consecuencia de los procesos de industrialización, cuando la hiperespecialización y la distinción individual comienzan a influir en las formas de relación social. Algunos de los principales antecedentes que podemos mencionar se ubican en el campo de la psicología -a partir de Freud y la construcción del *yo*- y de la sociología, donde autores como Marx, Weber, Durkheim y Simmel hablan de las estructuras constituyentes del sujeto, noción que es retomada en la lingüística por Sassure y, entre las décadas de 1920 y 1930, en la psicología social por G. H. Mead.

Es precisamente a partir de la noción del *ser social*¹ de Mead (2009), que podemos relacionar buena parte de la discusión sobre la identidad que tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo xx. Para este autor, el ser constituye una noción fundamental que permite entender la manera en que tienen lugar las interacciones en el plano social. Dicho ser, dice Mead, es una estructura que parte de la experiencia con los demás,

1 El autor se refiere al *self* en el original, que aunque puede ser traducido como sí mismo, en realidad implica un plano de relación social mucho más complejo, por lo que hemos optado por colocar el término ser en itálicas para representarlo.

y que media en toda relación que se establece. Se es, precisamente a partir de tales interacciones, en las que los procesos de comunicación contribuyen a establecer una distinción entre sí mismo y los otros.

El ser, como Branaman (2010) plantea, posteriormente da lugar a otras posturas y consideraciones, que se ubican tanto en el Posestructuralismo como en el Posmodernismo. Mientras que para Foucault conduce a nuevas formas de control social, para autores como Baudrillard y Bauman, el énfasis está puesto en los procesos de fragmentación que sufre la identidad a consecuencia de los masivos y veloces flujos de información a los que se ve expuesto el sujeto. En contraste, para Giddens y Beck, a pesar de dichos procesos, el individuo mantiene una esencia ontológica a lo largo del tiempo y de los múltiples entornos en los que puede ubicarse; aunque no sin altos niveles de ansiedad y confusión (Branaman, 2010).

La noción de Mead de que el ser implica una estructura que regula la manera en que tienen lugar las relaciones con los demás, ha sido recientemente retomada desde una dimensión socio-cognitiva por autores como Castells (1999), Giménez (2000) y Mandoki (2006). En términos generales, para estos autores la identidad se erige como una categoría que hace referencia no solo a la distinción con los demás, sino también como una matriz interpretativa a través de la cual el sujeto se ubica en relación con el mundo social al que pertenece.

De esta manera, en Mandoki (2006) la identidad es planteada como una serie de referentes colectivos que median las interacciones sociales y las interpretaciones que los sujetos hacen de su entorno, entre las que destacan la familia, la religión y otras instituciones sociales similares. Todo esto, sugiere esta autora, contribuye a la construcción de una estructura interpretativa del universo simbólico en el que se sitúa un sujeto y que se manifiesta tanto en esquemas explicativos, como en

diversas prácticas sociales. Como proponen Berger y Luckmann, se trata de una estructura que es a su vez estructurada:

Una vez que cristaliza [la identidad], es mantenida, modificada o aun reformada por las relaciones sociales. Los procesos sociales involucrados, tanto en la formación como en el mantenimiento de la identidad, se determinan por la estructura social. Recíprocamente, las identidades producidas por el interjuego del organismo, conciencia individual y estructura social, reaccionan sobre la estructura social dada, manteniéndola, modificándola o aun reformándola (2006: 214).

Para Giménez (2000), la pertenencia a colectivos es un constituyente identitario en el que se ubica a la familia como un punto inicial, y que se amplía en función de la incorporación de la persona a diversos círculos de la vida social.² Un sujeto puede pertenecer a una amplia variedad de colectivos que dan sentido a su interpretación del mundo, situación que, dice este autor, lejos de desdibujar su identidad, le transfiere justamente el rasgo de unicidad de que hablaban Giddens y Beck (en Branaman, 2010). Así, dicha pertenencia social es definida como la inclusión de una personalidad individual en una colectiva, hacia la que se experimenta una relación significativa, y que contribuye de manera relevante a la interiorización de un complejo simbólico que opera como un emblema de dicha colectividad (Giménez, 2000).

Giménez (2000), en concordancia con lo previamente propuesto por Mead (2009), sostiene que la identidad constituye un proceso de distinción que tiene lugar a partir de un conjunto de interacciones comunicativas, de una relación inter-

² Mead (2009) ya había sugerido la idea de que el ser (*self*) se divide en múltiples seres (*selves*), en virtud de las distintas interacciones que se establecen con los demás.

subjetiva entre seres que emiten, reciben e intercambian una serie de conceptualizaciones e identificaciones mutuas. Para aproximarse a un enfoque aplicado del análisis de la identidad, Giménez (2000) propone tres aspectos que definen la ya mencionada unicidad reconocible de los sujetos: atributos identificadores, su trayectoria y su pertenencia a colectivos. Mientras que los atributos identificadores se refieren a aspectos físicos e idiosincráticos propios de las personas que permiten distinguirlos en su apariencia y comportamiento, su trayectoria tiene que ver con la historia de sus representaciones sociales ante los demás. Sin embargo, en función del abordaje del presente trabajo, la pertenencia a colectivos adquiere una relevancia especial.

Así, es claro que la identidad presenta al menos dos niveles de análisis: el que se refiere al sujeto en sí mismo, y el que distintos grupos construyen de sí de manera colectiva. Como Wolton (1999) y Giménez (2000) proponen, las identidades colectivas se construyen en torno a un núcleo determinado de símbolos y representaciones sociales. A partir de esto, consideramos que esta identidad colectiva en algunas ocasiones puede llevar a acciones que pueden no corresponder tanto a quienes las llevan a cabo en sí mismos, sino que más bien ocurren a partir de este constructo idiosincrático colectivo en nombre del cual se ejercen. En tales situaciones, es evidente que al menos una parte del sujeto – y su identidad individual – se expresan, pero sobre todo, hay una manifestación de la interiorización de los patrones culturales de dicho colectivo. Esto enfatiza la dimensión estructurante - estructurada que ya hemos visto en Berger y Luckmann (2006); se trata por lo tanto de una relación compleja en la que la esencia ontológica del ser y su contexto, están de forma constante y recíproca, influyendo y amoldando eso que ha sido llamado *identidad*, operando y configurándose continuamente en la relación con el otro.

Como hemos visto en Mead (2009), la identidad y los actos comunicativos guardan una relación *sine qua non*. Si bien en este autor la identidad, es el resultado de las relaciones con los demás, esto implica también que en toda enunciación, lo que se expresa es la ya reiterada esencia ontológica propuesta por Giddens y Beck. Si esto es así, entonces esta afirmación de Giddens recalca dicha naturaleza de la identidad: "no somos lo que somos, sino lo que hacemos" (1997: 96); y dentro de esto, en concordancia con Austin (1962), el sentido detrás de los actos comunicativos que llevamos a cabo.

Lo anterior, contribuye a la operacionalización de la identidad como categoría de análisis, con una particular relevancia desde el campo académico de la Comunicación. Si bien Mead (2009) hablaba de los procesos mentales que rodean la construcción y expresión del *ser*, dichos fenómenos resultan inabordables en sí mismos. Es por lo tanto el *acto social*, sugiere este autor, lo que posibilita el abordaje de la identidad desde las Ciencias Sociales. Pero esto es todavía más específico, ya que el acto social primordial, tanto en su elaboración como en su manifestación, está dado, en términos de Searle (1994), por el acto comunicativo. La identidad resulta entonces, en una noción cuya epistemología desemboca de forma inevitable en la comunicación. Empezar un análisis desde este eje, se sustenta en su ontología misma.

Abordar empíricamente el estudio de la identidad a partir de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC), constituye entonces una problematización que es coherente con esta construcción conceptual de la categoría. Como es posible apreciar en los trabajos de autores como Hine (2004), Williams (2006), Guegana y Michinovb (2011), Shang, Chen y Huang (2012), Pérez-Chirinos (2012), Hooi y Cho (2013); una buena parte de las aproximaciones al objeto de estudio, se centran en las representaciones que se hacen del *self* en los entornos virtuales, y de las implicaciones que tienen las

discontinuidades espacio - temporales que imperan, en estas formas de relación. Con base en Levy (1999), podríamos decir que la representación de la persona en la virtualidad cotidiana³ conlleva una serie de ajustes en los procesos de expresión identitaria que resultan de las interacciones en tales espacios. Como veremos más adelante a partir de los resultados obtenidos en las distintas aproximaciones empíricas que hemos realizado, la virtualización implica amplios márgenes de manipulación sónica, además de formas de relación de naturaleza distinta a las que ocurren de manera presencial. Ello, conduce a la indagación de lo que la pertenencia a diversos grupos implica en materia de identidades colectivas, y de la manera en que se interactúa con un *alter* que puede manifestarse de manera irruptora, cuando lo comunicativo tiene a las TIC como mediación.

Como hemos planteado en este apartado, abordaremos la identidad como un constructo conceptual, que tiene la intención de entender los procesos de distinción entre el sujeto y el resto del sistema social con quienes establece relaciones, y a partir de las cuales se ubica y autodefine. En concordancia con los autores que hemos revisado, se trata de una estructura en el más amplio de los sentidos, que se manifiesta tanto en las interpretaciones como en las expresiones y, en general, en todas las formas de interacción en las que dicho sujeto participa. Enseguida, haremos una breve descripción de la manera en que hemos trabajado este asunto desde una perspectiva empírica, destacando algunas de las dimensiones que la identidad implica, entre las que destaca la pertenencia a colectivos.

3 Con ello hacemos referencia al trabajo de Goffman (2006), quien es uno de los autores más frecuentemente citados en los abordajes que hemos encontrado en relación con la identidad en línea.

3. Abordajes empíricos de la identidad en línea: representaciones del yo y pertenencia a colectivos

La identidad, como hemos ya establecido, tiene en la interacción social su esencia constituyente. Si las formas de relación social de alguna manera cambian a consecuencia del uso emergente de un conjunto de herramientas tecnológicas, es pertinente preguntarse cómo se manifiesta esto en algunas de las categorías que el marco teórico relaciona a partir de la identidad. De esta manera, hemos realizado durante el último lustro, diversas aproximaciones en torno a este objeto de investigación, entre las que destacan tres trabajos por la trascendencia de sus conclusiones: la representación de la identidad en redes sociales (Pérez Salazar et al, 2012), las formas de relación que tienen lugar al interior de grupos públicos en Facebook en los que participan seguidores de la Santa Muerte (Pérez Salazar y Gervasi, 2014), y en tercer lugar, el sentido que se construye a partir de un fenómeno viral de alcance global, dado por el meme *Harlem Shake* (Pérez Salazar, Aguilar y Guillermo, 2014). Como se verá, en los tres casos destaca un elemento categórico relacionado con la identidad: la pertenencia a colectivos. Así, hablaremos en primer lugar, de algunas de las implicaciones que en la actualidad presenta la interacción social mediada por Internet, para luego presentar algunos de los hallazgos de investigación más relevantes en nuestro trabajo de campo, todo ello como base para el apartado que cierra este trabajo, en el que propondremos un abordaje de la identidad desde la Teoría General de los Sistemas Sociales.

Cuando Levy (1999) se refiere a lo virtual, establece que se trata de una condición que se opone a lo actual, es decir, a lo que es en un momento dado, a lo que se manifiesta de manera concreta en una situación determinada. Desde lo comunicativo, lo virtual representa un conjunto de posibilidades que se encuentran atravesadas por dos dimensiones concretas: el tiempo y el espacio. Para este autor, las tecnologías

de la información y la comunicación constituyen dispositivos que median en la interacción humana, dando lugar a situaciones en las que estas dos dimensiones se encuentran en un continuo estado de tensión. De ello podemos decir que todo acto comunicativo virtual, es aquel en el que hay una puesta en común en la que tiene lugar un rompimiento en el tiempo y/o en el espacio, que es absolutamente intrínseco a éste. Por ejemplo, y como lo hemos establecido previamente (Pérez Salazar, 2012), en el proceso que implica la comunicación a través de un correo electrónico, los participantes frecuentemente se ubican en una situación en la que no hay cercanía física en torno a dichas dimensiones. Se dice que dicho mensaje es virtual, dado que el tiempo y espacio en el que ocurre el proceso comunicativo, es de carácter subjetivo. En este caso, la comunicación ocurre bajo circunstancias de tiempo y de lugar, que se ubican en relación con cada uno de los sujetos involucrados. El *cuándo* y el *dónde* de dicho acto, son, como ya se ha planteado, una situación problemática, hasta el momento de su actualización. A diferencia de la comunicación que tiene lugar cara a cara, en la comunicación virtual es indeterminable *a priori* la forma exacta en que ocurrirá la actualización del acto comunicativo.

Lo anterior supone una serie de consideraciones en los procesos de interacción, que han sido abordadas desde hace décadas. Es quizás el trabajo de Rheingold (1996) uno de los primeros en plantear con mayor claridad algunas de las implicaciones que traen aparejadas estas formas de relación virtual. Por un lado, señala este autor, la no co-presencialidad modifica la manera en que los miembros de las comunidades en línea se relacionan. Giddens (1997) planteaba ya en torno a la identidad, una reflexividad en torno al yo que se extendía al cuerpo. Al virtualizar esta variable, Rheingold (1996) hablaba de importantes cambios en relación con los entornos físicos. Aspectos como la edad, raza y sexo, podían adquirir una vaguedad e imprecisión tales, que disminuían su inci-

dencia en la manera en que los usuarios interactuaban; o al menos, esto era lo que se suponía.

Estos abordajes han atravesado por un proceso de evolución derivado de las maneras de representación simbólica de aquellos elementos que dan indicios de la identidad. Los cambios en los dispositivos, se reflejan dramáticamente en la problematización del objeto de estudio. Cuando Rheingold hace sus primeras aproximaciones empíricas, las interfaces disponibles en aquella época, sólo permitían el uso de caracteres de texto. Prácticamente no existía la posibilidad de utilizar recursos gráficos que llevaran a otro tipo de significaciones relativas a la esencia del ser. Esta se limitaba casi siempre, a la elección de un nombre de usuario.

Esta situación cambió en pocos años, y para finales de la década de 1990, los ambientes gráficos empezaron a ser cada vez más extendidos en aquellas plataformas que eran empleadas en la interacción en línea. Así, el trabajo inicial de Rheingold es actualizado y ampliado por el acercamiento etnográfico realizado por un grupo de autores entre los que destaca Hine (2004). Con base en los planteamientos de Goffman (2006), esta autora hace un detallado análisis de las manipulaciones sígnicas que los usuarios emplean para representarse a sí mismos en la virtualidad. Como ya hemos adelantado, los rompimientos espaciales favorecen la adopción de una amplia variedad de recursos expresivos, a través de los cuales los usuarios se presentan ante los demás. Como encontramos en uno de los primeros trabajos que hicimos desde esta perspectiva (Pérez Salazar et al, 2012), quienes utilizan las TIC cuentan en la actualidad no sólo con la posibilidad de elegir un nombre de usuario (como ocurría en las décadas de 1970 y 1980, cuando, como ya hemos dicho, Rheingold hizo sus primeras observaciones), sino que se han ido agregando otras formas de representación del yo, entre las que destacan las imágenes de perfil y los avatares en 3D que ciertos servicios

posibilitan; además de las relativamente amplias descripciones y auto-narraciones que un usuario puede hacer de sí mismo en sus perfiles de Facebook y Twitter.

De esta manera, Van House (2007) ha observado que los usuarios no siempre eligen elementos signícos que reflejen de manera análoga su identidad física. Algunos de los atributos identificadores que Giménez (2000) proponía, cuentan gracias a estas mediaciones tecnológicas, la posibilidad de ser manipulados a discreción por cada persona. En este sentido, en el ya mencionado trabajo de campo (Pérez Salazar *et al*, 2012), encontramos que de los participantes en la encuesta realizada en estudiantes universitarios de la zona metropolitana de Saltillo, Coahuila; el 69% dijeron no revelar nunca elementos relacionados con su identidad sexual; si bien ésta podía ser inferida de alguna manera, dado que en el 83%⁴ de los casos mostraban su rostro en sus imágenes de perfil.

Varias de las tendencias identificadas por Hine (2004) relativas a la forma en que los usuarios se presentan a sí mismos en línea, han sido confirmadas en otros trabajos más recientes. Shang, Chen y Huang (2012) se enfocan en el posible anonimato que puede ser logrado a través de las plataformas de interacción en línea. De manera clara, encuentran que las formas de interactuar de usuarios anónimos suelen ser distintas a las de quienes mantienen atributos identificadores como su nombre y/o foto de perfil que corresponda a su persona. En términos generales, estos primeros pueden ser más directos, con expresiones que incluso llegan a ser agresivas. De forma similar, Hooi y Cho (2013) sostienen que aquellos usuarios que emplean avatares con mayores coincidencias con su identidad real, tienen a actuar de forma más honesta.

⁴ Esto resulta de sumar las respuestas Frecuentemente (46%) y Siempre (37%), al preguntar sobre la frecuencia con que mostraban su rostro en sus imágenes de perfil (Pérez Salazar *et al*, 2012: 229).

Cuando realizamos un análisis de las formas en que se relacionaban usuarios de Facebook al interior de grupos dedicados al culto a la Santa Muerte (Pérez Salazar y Gervasi, 2014), en algunos casos pudimos confirmar lo ya mencionado a partir de Shang, Chen y Huang (2012). En efecto, personas que no exhibían atributos identificadores que los relacionaran con un nombre concreto, o una foto de perfil en la que se mostrara su rostro, eran quienes llevaban a cabo con mayor frecuencia expresiones en las que se atacaban las creencias de los seguidores de la ya mencionada devoción. Sin embargo, esto no era así en todos los casos, y pudimos observar situaciones en las que usuarios que mostraban un nombre y una foto de perfil de un rostro,⁵ igual presentaban este tipo de conductas. En estos usuarios, la lejanía física pareciera ser un elemento más que suficiente para llevar a cabo insultos y denostaciones dirigidas tanto a los seguidores de la Santa Muerte, como al objeto mismo de la veneración. La virtualización del espacio de interacción sugiere una oportunidad de minimizar las consecuencias de esta clase de actos que, bajo otras circunstancias,⁶ bien podrían haber tenido un desenlace distinto a sólo una más o menos acalorada discusión limitada al intercambio de agresiones verbales en línea. El asunto central en este segundo abordaje, estuvo dado por las estrategias discursivas empleadas en este tipo intervenciones violentas, a partir de lo cual fue posible inferir lo relativo a la dimensión colectiva de la identidad, que según Giménez (2000), constituye uno de los referentes más relevantes en este sentido. Como mostramos en su oportunidad (Pérez Sala-

5 Ciertamente, no tenemos forma de comprobar si en efecto ese era realmente su nombre y su fotografía; sin embargo, tal parecía ser el caso, en virtud de otras interacciones sostenidas con otros usuarios en las que se parecía confirmar su aparente identidad.

6 Muy distinto hubiera sido, en el caso de haber llevado a cabo este tipo de expresiones en alguno de los templos dedicados a la Santa Muerte que se encuentran en diversas zonas del norte de México, y que se encuentran frecuentemente custodiadas por personas civiles armadas.

zar y Gervasi, 2014), al presentarse expresiones que de alguna manera atacaban ya sea a los devotos de la Santa Muerte, o al complejo simbólico inherente a dicha veneración; uno de los recursos más frecuentemente empleados estuvo dado precisamente por dicha pertenencia. Ante la falta de respeto a la sacralización del espacio simbólico (Derrickson, 2008) dado por los grupos en Facebook observados, las formas de enfrentamiento con ese *alter* irruptor, hacían alusión al grupo, al sentido de pertenencia con otros seguidores de esta veneración. Si como hemos planteado al inicio de este trabajo, la identidad es un asunto de distinción, en este caso se evidencia la existencia de un *yo* que de forma colectiva se transforma en un *nosotros* que se opone de forma contundente a ese *otro* que trastoca lo que de otra manera, suelen ser espacios de relativamente tranquila veneración y de relación con otros devotos con los que, dado el carácter más bien marginal que tiene la Santa Muerte, posiblemente no se tendría otra forma de interactuar, en concordancia con lo sugerido por Williams (2006).

En el tercer trabajo que emprendimos en torno a la identidad en línea durante este periodo (Pérez Salazar, Aguilar y Guillermo, 2014), se llevó a cabo un estudio de los sentidos construidos en relación con la reinterpretación del meme⁷ dado por el video viral *Harlem Shake*.⁸ Entre los principales hallazgos reportados, destaca nuevamente el sentido de pertenencia como expresión identitaria. Con base en un grupo de discusión realizado con quienes llevaron a cabo la producción de una versión local de dicho *holomeme*,⁹ se llegó a la conclusión de que tal enunciación era un acto de afirmación de la existencia de un *yo* colectivo, que se presenta frente a una alteridad da-

7 Con base en Dawkins (1976), un meme está dado por cualquier unidad cultural que es replicada, lo cual incluye este tipo de videos reelaborados por una gran cantidad de usuarios.

8 Video viral que durante inicios de 2013, dio lugar no solo a más de 50 millones de reproducciones del video original, sino que en abril de 2015, aún contaba con 7.8 millones de versiones distintas, según el buscador de YouTube.

da por el resto de videos hechos por otros colectivos. Esto fue reforzado por los rasgos de identidad presentes en el video en cuestión, en el que se incorporaron elementos representativos de la institución de la que formaban parte los participantes.¹⁰ Como manifestamos en dicho trabajo, reconocemos en la reelaboración de dicho meme un representamen cuyo objeto semiótico periciano puede ser expresado como: *aquí y ahora, somos parte de esta universidad. Este baile nos hace visibles a los demás.*

Como hemos observado a partir de los resultados antes mencionados, la identidad en línea constituye un asunto que, ante todo, da lugar a la construcción de una representación. De forma más o menos consciente, los usuarios eligen cómo mostrarse ante los demás, eligiendo los signos visuales y lingüísticos que construyan su yo virtual. Igual que ocurre en los entornos físicos, esto se ve además reforzado por cada acción, por cada enunciación que el usuario lleve a cabo, más allá de su imagen de perfil y de su auto-descripción general. Los planteamientos de Goffman (2006) en torno a la presentación de las personas, son igualmente válidos en lo virtual, quizá con la única salvedad de que los atributos físicos en un momento dado pueden estar sujetos a procesos de manipulación en los que se tenga un mayor control. Si en la interacción cara a cara aspectos como la estatura, la complejión y la raza son difíciles de alterar; esto no es necesariamente así en lo virtual, debido a la mediación tecnológica y a los rompimientos espacio-temporales de los que ya hemos hablado.

9 Durham (1991) llama holomemes al repertorio cultural completo de las variaciones que presenta un meme determinado, incluyendo aquellas formas latentes o aún no expresadas. En el caso de Harlem Shake, esta noción resulta particularmente útil, dadas las muchas maneras distintas en que el meme fue reelaborado, manteniendo sin embargo en la mayor parte de los casos, una enunciación canónica claramente identificable.

10 Concretamente, estos rasgos estuvieron dados por la botarga que representa la mascota de la Universidad Autónoma de Coahuila, el lobo; así como la locación del video producido, que es uno de los edificios emblemáticos de la institución: el Ateneo Fuente.

No obstante, como Giménez (2000) apuntaba, la construcción de una serie de atributos que los demás asignan a una persona, es mucho más complejo que la mera apariencia. Si bien se trata de un componente importante, como ya hemos sugerido, esto implica también lo ya mencionado a partir de Giddens (1997): uno es lo que uno hace. Así, la identidad de un usuario en Twitter, por ejemplo, está dado por muchos más elementos que sólo su imagen de perfil, el diseño del fondo de su *timeline* y su descripción personal. Cada *tweet*, cada imagen, cada *retweet* y cada acto conducen a la construcción de su identidad ante los demás.

Es claro entonces que la identidad, tal como ha sido planteada en las referencias y antecedentes teóricos, constituye un concepto sumamente complejo en su definición y en su análisis. Sin embargo, podemos hablar de ella como de una estructura estructurante (Berger y Luckmann, 2006), que opera hacia el interior del sujeto como matriz interpretativa (Mandoki, 2006; Mead, 2009; Castells, 1999); y hacia su exterior, como reflejo del ser (Giddens, 1997; Giménez, 2000); todo ello, a partir de la interacción y la distinción con los demás (Branaman, 2010; Hall, 2010). En términos de las mediaciones tecnológicas dadas por las TIC, esto además permite un cierto grado de manipulación signífica en torno a las representaciones que los usuarios hacen de sí mismos. A ello, debe sumarse la trayectoria performativa de cada sujeto, construida a través de cada enunciación, y que contribuye a la construcción de su ser en línea como es percibido por sí mismo y los demás.

4. Hacia un abordaje de la identidad desde la Teoría General de Sistemas.

La Teoría General de Sistemas (TGS), como ha sido planteada por autores como Von Bertalanffy (1976), Luhmann (1984) y Maturana y Varela (1990) (entre otros), constituye un para-

digma que, reconociendo la complejidad de la realidad social, permite enunciar con precisión el problema que plantean las múltiples interconexiones e influencias que se establecen entre los elementos que componen un sistema social. Rebasa los propósitos del presente trabajo discutir su origen y epistemología, por lo que nos concentraremos en la presentación de una serie de indicios que posibiliten transitar hacia una comprensión de la identidad como constructo conceptual, desde esta perspectiva.

Como hemos establecido en la primera parte de este trabajo, todo apunta a que la identidad es, al menos en parte, un proceso de distinción. Este es precisamente uno de los asuntos básicos planteados desde la TGS: qué es entorno y qué forma parte del sistema. Propondremos entonces que la identidad es, en primer lugar, una estructura que permite la clausura operacional de lo que Mead (2009) llamaba el *yo social*. Todo sistema de conciencia existe porque dicha forma de relación tiene lugar. Más allá de la aparente tautología que dicha propuesta podría suponer, tal vinculación puede ser planteada como el punto de correspondencia entre el sistema fisiológico que posibilita el ser, y su esencia cognitiva, en tanto ente que se asume a sí mismo en su existencia, como *algo* distinto a lo que le rodea. En términos de Luhmann (1984), podríamos decir que la identidad constituye una condición autorreferencial del sistema de conciencia reconociéndose a sí mismo en oposición a su entorno, y en particular, hacia otros sistemas de conciencia con los que se relaciona.

Entendida la identidad como una condición estructural autorreferencial, es importante establecer que se ubica como parte de un sistema sujeto permanentemente a una serie de acoplamientos estructurales¹¹ que permiten ajustar sus elementos en aras de un equilibrio interno (homeostasis), a partir de los flujos de información provenientes del entorno. Esto subraya la naturaleza estructural de la identidad. Si se entiende una es-

estructura como las interrelaciones más o menos estables entre las partes o componentes de un sistema que pueden ser identificadas en un momento dado (Arnold y Osorio, 1998), es precisamente esta relativa estabilidad a lo largo del tiempo, la manifestación de la identidad reconocible de manera longitudinal de la que hablaban Giddens y Beck (en Branaman, 2010).

Sin embargo, dado que la identidad puede referirse a un conjunto de relaciones de carácter tanto interno (en su autorreferencialidad) como externo (al ajustarse en función del entorno), proponemos que presenta por lo tanto una naturaleza *sui generis*, al manifestarse tanto como estructura primaria, como hiperestructura. En esta dimensión interna, consideramos que la estructura primaria que plantea la identidad, opera desde la función interpretativa señalada por Mead (2009) y Castells (1999). El procesamiento que lleva a cabo el sistema sobre la información que recibe del entorno a partir de los acoplamientos estructurales en los que participa, opera como un tamiz (Mandoki, 2006) que ubica dicha información en sus estructuras internas. Dichas estructuras son además, el resultado de todos aquellos acoplamientos que han tenido lugar en el pasado, por lo que la autorreferencialidad de la que hemos hablado, de ninguna manera debe entenderse como una operación de aislamiento, sino más bien, de preservación de la estructura misma ante el *alter*, ante el entorno en el que se ubica el sistema.

Es claro por lo tanto esta otra expresión de la identidad, como hiperestructura que no solo posibilita las relaciones con el exterior del sistema, sino que además es la base para los ajustes internos que permiten al sistema seguir llevando a cabo

11 Según Maturana y Varela (1990), los acoplamientos estructurales tienen lugar cuando dos o más unidades autorreferenciales establecen interacciones en las que pueden intercambiar información y/o energía, de manera más o menos estable y recurrente a lo largo del tiempo, manteniendo sin embargo cada una su organización interna.

operaciones autopoieticas.¹² Reiteramos que la identidad posee entonces una doble articulación, dado que se construye desde el *alter* (el entorno), pero al interior, se manifiesta como estructura de sentido, que vuelve al entorno inevitablemente, reflejando lo que se es.

Hasta este punto, hemos sugerido que la identidad es una operación de distinción que va del entorno al sistema y viceversa. Esto, es importante recalcarlo, ocurre sin importar el punto de vista en el que se ubique el observador; es decir, se trata de una forma de entender la identidad que es posible aplicar tanto a sistemas de conciencia individuales (es decir, los seres sociales descritos por Mead, 2009), como a los sistemas colectivos integrados por diversos sistemas de conciencia. La llamada *identidad colectiva*¹³ que ha sido trabajada desde la Psicología Social (Tajfel, 1984), opera en términos generales, bajo estas mismas consideraciones.

Así, la noción general dada por la identidad como una estructura que es de carácter tanto *endo* como *exo*, puede ser aplicada a una de las dimensiones que ha destacado en los resultados del trabajo de campo que hemos realizado, y que desde la Sociología clásica Giménez (2000) menciona: la pertenencia a colectivos. En este caso, el entorno del sistema está dado por una complejidad similar: otros colectivos y otros sistemas de conciencia con los cuales ocurren también una infinidad de acoplamientos estructurales, a partir de los cuales el sistema se ajusta de forma interna, cuando es necesario, para mantener su existencia. El *alter* es igualmente impor-

12 La autopoiesis según Maturana y Varela (1990) se refiere a la autonomía con que un sistema determinado es capaz de mantenerse como tal a lo largo del tiempo.

13 Tajfel define la identidad colectiva como "aquella parte del autoconcepto del individuo que se deriva del conocimiento de su pertenencia a un grupo (o grupos) social junto con el significado emocional y valorativo asociado a dicha pertenencia" (1984: 292).

tante en los procesos de autorreferencialidad, y las estructuras internas de sentido de la misma forma, se orientan hacia la distinción. Por ejemplo, en el caso de los seguidores de la Santa Muerte en Facebook, el sistema dado por la identidad colectiva, de manera enfática recalca el *nosotros* ante el otro individual¹⁴ o colectivo¹⁵ al que se hacía alusión en los enfrentamientos discursivos.

Regresando al asunto dado por la relación que existe entre el sistema de conciencia y el sistema fisiológico que posibilita la existencia del sujeto social (en tanto soporte orgánico); conviene abundar un poco más en ello, en virtud de los atributos identificadores propuestos por Giménez (2000) que abordamos en la parte inicial. En el caso del ser social, es evidente que se establece una retroalimentación entre dicho sistema fisiológico, y la noción que se tiene y que se muestra de sí mismo ante el *alter*. La reflexividad en torno al cuerpo que Giddens (1997) sugería, se suma al complejo de factores que construyen esta estructura que es la identidad. El reconocimiento de la complejidad física, raza, estatura y otros elementos similares que ya hemos señalado, se incorpora a la auto-narrativa, es decir, a la estructura de narración ontogénica¹⁶ (Maturana y Varela, 1990) que definen el ser que se *es* y que se proyecta en todo acoplamiento estructural. Hay en este caso, una evidente interrelación de sistemas, el fisiológico, el de conciencia y el social; que hablan de la persona con quien se está interactuando.

14 Dado usualmente por quien llevaba a cabo de manera personal las agresiones que ya hemos descrito anteriormente.

15 Como pudimos observar, en muchas ocasiones había interacciones comunicativas en las que se denostaba no solo al otro, sino al grupo al que se percibía que formaba parte. De manera concreta, se hacía alusión a otras denominaciones religiosas con un posicionamiento simbólico de carácter hegemónico, generalmente la católica, aunque también grupos protestantes como Evangélicos y Testigos de Jehová (Pérez Salazar y Gervasi, 2014).

16 Estos autores hablan de la ontogenia como el "historial del cambio estructural de una unidad sin que esta pierda su organización" (Maturana y Varela, 1990: 6).

Sin embargo, como ya lo hemos discutido, la virtualidad implica la posibilidad de modificar en este renglón, la hiperestructura identitaria. La manipulación signica de lo corpóreo en el ciberespacio rompe de alguna manera con lo que en la relación cara a cara es inevitable. Dado que esto ha sido ya abordado previamente, no repetiremos lo ya dicho, baste con recalcar la incidencia que tienen las TIC en los acoplamientos estructurales que tienen lugar a través de su mediación; aspecto que en sí mismo, constituye un sistema adicional, no sólo en lo identitario, sino en todo proceso de interacción humana.

Consideraciones finales

Uno de los objetivos de investigación de los que han partido las distintas aproximaciones empíricas que han sido mencionadas, guarda cierta relación con las preocupaciones expresadas por Baudrillard y Bauman (en Branaman, 2010) desde el Posmodernismo: ante los masivos y cada vez más rápidos flujos de información a los que se ve sometida la esencia ontológica del ser a partir del uso de las TIC, ¿en qué medida se modifican, si es que es tal el caso, las distintas dimensiones que implica la expresión identitaria?

Como hemos encontrado en el trabajo de campo realizado, dichas mediaciones tecnológicas operan en más de un sentido en las interacciones sociales a partir de las cuales se construye, reconfigura y enuncia la identidad. Por un lado, como observamos en el caso de la veneración a la Santa Muerte en Facebook, el espacio de relación social se amplía. El culto religioso ya no solo tiene lugar en sitios relativamente privados como templos o el entorno doméstico, sino que la virtualidad se constituye en un espacio de convergencia de lo sagrado y de lo profano, donde los límites no son del todo precisos, y tampoco en algunos casos, respetados. Las posibilidades de interacción son, por lo tanto, mucho más amplias, con los riesgos que ello implica por un lado, pero también con las

posibilidades que se brindan al sujeto para, en su caso, renegociar consigo mismo y con su comunidad, su estructura interpretativa. A partir de ello, la expresión de la identidad, lejos de desdibujarse, más bien tiende a reforzar la pertenencia a colectivos significativos, como parte del *sí mismo*. El enfrentamiento con el *alter*, no necesariamente conduce, como lo hemos observado, a un abandono de lo que se es, por lo menos en lo discursivo. En términos sistémicos, las operaciones autopoiéticas no hacen sino consolidar la distinción con el entorno bajo estas circunstancias.

Dichas operaciones parecen contribuir además a la conformación de sistemas plurales -de *colectividades* en términos clásicos- como observamos en el trabajo hecho en torno a los sentidos elaborados a partir de la reelaboración del meme *Harlem Shake*. La virtualidad, en este caso, llevó nuevamente al enfrentamiento simbólico con otros sistemas de índole tanto congregada como individual, dados por todas las enunciaciones de dicho video que fueron consumidas, y ante las cuales surgió en los sujetos participantes la necesidad de enunciar su propia existencia, de declarar esta parte de su identidad colectiva.

Otro de los sentidos en los que las TIC como mediación operan en términos de la identidad, tiene que ver con lo que ha sido discutido en torno a la virtualización. Plataformas como Facebook y Twitter se convierten en estructuras de acoplamiento en términos sistémicos, que como tales, influyen en la forma en que se intercambia información. Se trata, haciendo alusión al trabajo de Maturana y Varela (1990), de una especie de membrana a través de la cual los sistemas de conciencia pueden establecer sistemas de orden superior. Dichos órdenes superiores están evidentemente dados por los colectivos a los que hemos hecho referencia, y en los que hay dos dimensiones en términos espaciales que se presentan de manera simultánea. Como encontramos en Pérez Salazar *et*

al (2012), los usuarios emplean estas tecnologías en primer lugar para mantener el contacto con personas a las que conocen en lo físico; sin embargo, a ello se sobrepone en algunos casos, el contacto con sujetos cuya ubicación es remota en tiempo y espacio.

Desde esta perspectiva, las TIC en sí mismas no pueden ser concebidas como sistemas, al menos no en términos sociales, sino como estructuras de relación que se encuentran sujetas a una serie de posibilidades y limitaciones definidas por quienes las proveen. De esta manera, al ocurrir un acoplamiento estructural entre dos sistemas de conciencia, hay en realidad dos planos de estructuración en los que esto ocurre. El primero, está dado por las estructuras sociales presentes en todo tipo de relación, y el segundo, por aquello que puede -o no- ocurrir en términos técnico-operativos. Dichas tecnologías, no hay que olvidarlo, no son de ninguna manera neutrales, sino que están sujetas a una serie de operaciones estructurales internas que parten de un modelo comercial, y que se constituyen en una mediación / membrana que no solo manifiesta aquellos sesgos que le son inherentes, sino que dada su naturaleza digital, posibilitan otros acoplamientos estructurales y flujos de información que van más allá de las relaciones entre los sujetos (y que dependiendo el caso, puede ser meramente instrumentales o en algunos casos, francamente intersubjetivas). Con esto, nos referimos de manera explícita a la existencia de operaciones dentro de dicha membrana-interface, que desde disciplinas como la mercadotecnia, son conocidas como *perfil de target* (asunto de representación claramente identitaria, en virtud de que alude a lo que se es en términos de variables como lugar de residencia, patrones de consumo y relaciones que se establecen), y que es objeto de un intercambio comercial que surge como contraparte de la prestación del servicio en cuestión.

Así, la digitalidad como infraestructura operativa, conlleva una serie de factores incidentes en los que, en las llamadas *redes sociales*, tienen lugar operaciones en las que mientras sus operadores obtienen un beneficio económico, el *ego* y el *alter*, cada uno entendido desde su dimensión sistémica, mantienen sus límites entre sí, a la vez que se influyen mutuamente a partir de acoplamientos estructurados en tantos niveles como la tecnología lo posibilita.

Finalmente, diremos que la identidad, esta noción en torno a la cual hemos trabajado, hace referencia a una serie de operaciones y estructuras de carácter profundamente sistémico. Entenderla desde esta perspectiva, la ubica como un fenómeno absolutamente complejo, como siempre lo ha sido en su esencia, aunque no siempre abordada así; y donde las tecnologías de la información y la comunicación contribuyen a su modificación: consolidando la relevancia de lo físicamente cercano, actualizando algunas de las posibilidades de acoplamientos estructurales, que de otra manera hubieran quedado en el plano de lo meramente posible; y además de todo lo anterior, dando la posibilidad de manipular los signos con lo que cada usuario, de forma consciente o inconsciente, se presenta ante los demás, en cada uno de los actos comunicativos que lleva a cabo y a través de los cuales construye el sistema social del que forma parte.

- Arnold, M. y Osorio, F. (1998). Introducción a los conceptos básicos de la teoría general de sistemas. *Cinta de Moebio*, 3, <http://www.facso.uchile.cl/publicaciones/moebio/03/frprinci.htm>
- Austin, J. (1962). *How to do things with words*. Oxford: Oxford university press.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (2006). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Branaman, A. (2010). Identity and social theory. En Elliot, A. (Ed.) *The Routledge Companion to Social Theory*, pp. 135-155. Londres: Routledge.
- Castells, M. (1999). *La sociedad red. El poder de la identidad*. México: Siglo XXI.
- Dawkins, R. (1976). *The Selfish Gene*. Nueva York: Oxford University Press.
- Derrickson, K. (2008). Second Life and The Sacred: Islamic Space in a Virtual World, *Digital Islam*, <http://www.digitalislam.eu/article.do?articleId=1877>, 2008.
- Durham, W. H. (1991). *Coevolution: Genes, Culture and Human Diversity*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- Giménez, G. (2000). Materiales para una teoría de las identidades sociales. En Valenzuela Arce, J. M. (Coord.). *Decadencia y auge de las identidades*, pp. 45-78. México: El Colegio de la Frontera Norte / Plaza y Valdés.
- Goffman, E. (2006). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Guegana, J. y Michinob, E. (2011). Communication via Internet et dynamiques identitaires: une analyse psychosociale. *Psychologie française*, 56, 223-238.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán, Colombia: Envión Editores.
- Hooi, R. y Cho, H. (2013). Deception in avatar-mediated virtual environment. *Computers in Human Behavior*, 29, 276-284.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: UOC.
- Levy, P. (1999). *Qué es lo virtual*. Barcelona: Paidós.

- Luhmann, N. (1984). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México: Anthropos / Universidad Iberoamericana / Centro Editorial Javierino.
- Mandoki, K. (2006). *Prácticas estéticas e identidades sociales*. México: CONACULTA.
- Maturana, H. R., y Varela, F. J. (1990). *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Debate.
- Mead, G. H. (2009). *Mind, self, and society: From the standpoint of a social behaviorist*. Chicago: University of Chicago Press.
- Pérez-Chirinos, V. (2012). Identidad y redes sociales: construcción narrativa del yo hipertextual. *Austral Comunicación*, 1 (1), 9-25.
- Pérez Salazar, G. (2012). *Internet como medio de comunicación. Teoría y análisis de actos comunicativos en los entornos virtuales*. México: Plaza y Valdés / UAdeC.
- Pérez Salazar, G. et al (2012) "Uso de imágenes en los perfiles de usuarios de Facebook: el caso de la región sureste de Coahuila". En Gervasi, F. y De la Peña, G. (Coords.) *Memorias del XXIV Encuentro Nacional de la AMIC, Saltillo, Coahuila*.
- Pérez Salazar, G., Aguilar, A. y Guillermo, E. (2014). El meme en Internet. Usos sociales, reinterpretación y significados, a partir de Harlem Shake. *Argumentos, Estudios Críticos de la Sociedad*. Núm. 75, 79 - 102.
- Pérez Salazar, G. y Gervasi, F. (2014). Santa Flaquita, líbranos de los trolls. El sentido de pertenencia en expresiones identitarias en torno al culto a la Santa Muerte en Facebook. *Religioni e Società. Rivista di scienze sociali della religione*, XXIX, 78, 84-102.
- Rheingold, H. (1996). *La comunidad virtual: una sociedad sin fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- Searle, J. (1994). *Actos del habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Planeta.
- Shang, R. A, Chen, Y. C. y Huang, S. C. (2012). A private versus a public space: Anonymity and buying decorative symbolic goods for avatars in a virtual world. *Computers in Human Behavior*, 28, 2227–2235.

- Tajfel, H. (1984). Grupos humanos y categorías sociales. Barcelona: Herder.
- Williams, J. P. (2006). Authentic Identities: Straightedge Subculture, Music, and the Internet. *Journal of Contemporary Ethnography*, 35, 173-200.
- Van House, N. (2007). "Flickr and Public Image-Sharing: Distant Closeness and Photo Exhibition". Computer Human Interface '07 extended abstracts on Human factors in computing systems. *CHI EA '07 Extended Abstracts on Human Factors in Computing Systems*, 2717-2722. DOI: 10.1145/1240866.1241068.
- Von Bertalanffy, L. (1976). *Teoría general de los sistemas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wolton, D. (1999). *Sobre la Comunicación*. Madrid: Acento.